

arrogancia, su despotismo y, lo que es aún peor, la privilegiada situación en cargos, grandezas y despilfarros de los que componían el grupo adicto al valido.

Pese a esto, la figura de D. Alvaro parece estar reclamando un marco histórico distinto al que le correspondió vivir. Sus extraordinarias potencialidades merecían empresas más altas que la lucha constante con los Infantes de Aragón o la defensa de la dignidad real encarnada en un monarca que apenas la conocía.

Este hombre, de cuerpo pequeño pero bien proporcionado, galante y conversador, que despreciaba la vida y, a la vez, como contraste, amaba las riquezas, es una figura señera de la Historia de España. Si en lugar de nacer en las postrimerías de la Edad Media hubiera nacido en épocas posteriores, es posible que el signo decadente de España no se hubiera pronunciado con tan acusado carácter. Imaginemos a don Alvaro junto a Felipe II, monarca severo y fanático, pero influenciado como hombre neurótico, ¿no hubiera conseguido D. Alvaro con su intuición y sentido práctico replegar nuestros ejércitos de Europa, orientando la política por caminos más eficaces y constructivos? O imaginémosle también al lado de Felipe IV, ocupando el puesto del delirante Olivares, ¿no hubiera sido decisivo para España un hombre de las cualidades del Condestable en el reinado del penúltimo Austria?

Pero no soñemos; centremos la figura de D. Alvaro en el momento más importante de su vida: la muerte. D. Alvaro fué víctima de una muerte injusta. Es cierto que cometió aquellos desmanes políticos que quedan apuntados; pero en modo alguno merecía morir decapitado por mandato de un rey que le era deudor del trono y quién sabe, si también, de la vida. Don Alvaro fué modelo de entrega y fidelidad a la corona, y la corona, precisamente, le pagó al final con el cadalso. Por eso, desde el patíbulo, pudo decir a Barrasa, ayuda de cámara del príncipe heredero: «Ven acá, Barrasa. Tú, que estás aquí mirando la muerte que me dan, yo te ruego que digas al príncipe tu señor que dé mejor galardón a sus criados que el rey mi señor mandó darme a mí». Momentos antes, cuando elegante y sereno era conducido al cadalso a lomos de una mula enlutada, el pregonero de la sentencia trabucó las palabras, y en lugar de decir «por las maldades y *deservicios* que hizo al rey», dijo «por las maldades y *servicios* que hizo al rey». D. Alvaro, dándose



cuenta del error, agregó: «Dices verdad, que por muchos servicios que yo hice al rey, me manda degollar».

La muerte de D. Alvaro fué ejemplo de serenidad y entereza. Quizá contribuyó a ello el carácter de víctima inocente: inocente ante el rey y sus ejecutores, inocente ante la sentencia, aunque no inocente del todo ante el pueblo.

Pero en lo que me interesa fijar la atención, es en una frase pronunciada por el Condestable en el momento crítico de serle comunicado su trágico fin. El encargado de la triste nueva era un fraile franciscano. El religioso intentaba suavizar la noticia preparando lentamente al reo. Este, al darse cuenta de lo que el fraile pretendía, con fuerte dominio sobre sí mismo, respondió: «Mientras un hombre ignora si ha de morir o no, puede recelar y temer la muerte; pero luego que está cierto de ello, no es la muerte tan espantosa para un cristiano que la repugne y rehuse, y pronto estoy, si es la voluntad del rey que muera». La frase, de indudable penetración psicológica, es digna de esculpirse. Basta sustituir la palabra rey por la palabra Dios, para que tenga validez universal.

JESÚS SANTOS

